

EN LA CUERDA FLOJA

Rearme

Cualquier insignificante, tarado o no, puede matar a un centenar de personas en un campus americano o en una escuela, en un campamento de niños en Suecia o a los mandos de un avión alemán. De hecho, ocurre con una vergonzosa frecuencia sin necesidad de que comparezca terrorista alguno. Es fácil. Cualquier inútil puede. Las matanzas terroristas buscan algo más y dependen completamente de sus efectos para alcanzar el éxito. Les habrá encantado, por ejemplo, haber metido a los belgas en sus casas unos cuantos días. Y todo el alboroto mediático. Y la gira de Hollande en busca de apoyos para hacerse el hombrecito ante los franceses, tan poco amigos hasta hace nada de la cooperación antiterrorista y tan propensos a crear Estados fallidos por doquier.

A los terroristas les ha salido redondo, porque reaccionamos como los niños del botellón: beben, ríen, gritan e impiden el descanso de los demás, pero bien cuidados, primero, por la policía municipal y, después, por los servicios de limpieza, que han de recoger sus caquitas y fregar sus orines. De modo que, si hay peleas, heridos o destrozos, la culpa es del ayuntamiento, nunca de ellos, de sus padres o de la bebida.

Europa responde igual: lo primero es el botellón y, si hay problemas, se mira hacia el Gobierno para exigir responsabilidades por no haber espiado lo bastante, por no haber cacheado a más gente, por no cerrar fronteras—destrozando, de paso, uno de los elementos nucleares de la Unión— y por no meter a todos en sus casas. Porque si nadie se mueve, resulta más fácil pillar a los broncas que interrumpen el botellón o el Black Friday al que antes llamábamos rebajas. Tenemos que rearmarnos, sí, pero de ideas.

@pacosanchez

Vuelta de hoja

Shibboleths



● Miguel-Anxo Murado
Escritor y periodista

De los crímenes absurdos a uno se le quedan los detalles absurdos. De la matanza de la semana pasada en el Hotel Radisson Blue de Bamako, en Mali, a mí se me han quedado grabadas dos cosas: que uno de los terroristas interrumpió brevemente su rutina de verdugo para cocinarse una merienda en los fogones del hotel y luego siguió matando como si tal cosa, y que él y sus compañeros les hacían recitar a los rehenes la *shahada*, la declaración de fe musulmana, para decidir a quién matar y a quién no. No es algo nuevo. Lo habían hecho ya los terroristas de al-Shabaab que asesinaron a 148 estudiantes en una universidad de Kenia en abril. De eso hacían depender la vida o la muerte de una frase.

Es lo que en inglés se denomina *shibboleth*, un santo y seña que permite discriminar entre quienes se consideran amigos y enemigos. Viene de una historia de la Biblia. Se cuenta en el Libro de los Jueces que tras una batalla entre la tribu de Efraim y la de Galaad, los de Efraim, derrotados, intentaban ponerse a salvo cruzando el río Jordán. Para distinguirlos, los de Galaad les

hacían decir la palabra *shibboleth*, cuyo fonema *sh* no sabían pronunciar los de Efraim. Curiosamente, los gallegos hubiésemos sobrevivido a esa prueba—ese sonido es precisamente nuestra *xe*— pero los infortunados efraimitas acababan bajo el cuchillo, tiñendo de rojo el Jordán, ya de aquella.

También se dice que los flamencos se valieron de un *shibboleth* durante la matanza de franceses de 1302 en Brujas: les hacían decir *Schild end vriend* (Escudo y amigo), que los franceses, supuestamente, no podían pronunciar. La historia está llena de episodios similares: en

distintas guerras y masacres los holandeses mataban a los alemanes que no pronunciaban correctamente *Scheveningen*, los cingaleses a los tamiles que no sabían decir *baldiya* (cubo), los norteamericanos a los japoneses que eran incapaces de repetir *lollapalooza*, los sicilianos a los franceses que se equivocaban al decir *ciciri* (garbanzos), los finlandeses a los rusos que pronunciaban con acento *Yksi* (uno), los libaneses a los palestinos que decían mal la palabra *bandura* (tomate), los dominicanos a los haitianos que tenían problemas con el término *perejil*, los escoceses a los in-

glaeses que pronunciaban *Edinburgh* con una *g* muda, los japoneses a los coreanos que pronunciaban *gagigugego* con el sonido *k*...

Se han cometido muchos crímenes en nombre de la fonética, pero ni siquiera hace falta la lingüística para matar. Durante la guerra, en Yugoslavia, me contaba una vez un soldado la manera en que distinguían quién era católico—y por tanto croata— y quién ortodoxo—y por tanto serbio—: apuntándoles con un arma, les obligaban a santiguarse, que es algo que los católicos hacen comenzando por el lado izquierdo y los ortodoxos por el derecho. Si uno ha aprendido el gesto de una manera e intenta hacerlo de otra, un observador atento puede detectar un instante de duda.

Pensamos que nuestras ideas son lo que define lo que somos pero resulta que, al final, lo que nos define es eso: gestos, sonidos, automatismos aprendidos o heredados. Más que de ideología, el ser humano está hecho de costumbres.

Porque, de hecho, todos tenemos nuestros *shibboleths*. Después de la masacre de París del 13 de noviembre, en los estadios de fútbol se cantaba *La marselesa*. Era una expresión sincera de emoción y solidaridad con las víctimas de terror. Pero si uno se fijaba, podía ver que había algo más: inevitablemente, casi sin darse cuenta, la cámara buscaba ansiosa las caras de los jugadores y el público, para ver quién cantaba y quién no.



ILUSTRACIÓN ED

GRACIAS

a todos nuestros socios de Honor, Benefactoras, Protectoras, Mérito, Colaboradoras, Estudiantes. Donar genera colaboración académica con el Museo, a través de la compra de obras de arte y otras acciones. De esta manera, el Museo recibe un apoyo económico que permite el desarrollo de sus actividades. Gracias a la colaboración de nuestros socios, el Museo puede adquirir obras de arte, libros, documentos, fotografías, películas y otros recursos que enriquecen el patrimonio del Museo. Gracias a la colaboración de nuestros socios, el Museo puede adquirir obras de arte, libros, documentos, fotografías, películas y otros recursos que enriquecen el patrimonio del Museo. Gracias a la colaboración de nuestros socios, el Museo puede adquirir obras de arte, libros, documentos, fotografías, películas y otros recursos que enriquecen el patrimonio del Museo.



GRACIAS POR ASOCIARTE

Tú también puedes colaborar y disfrutar de las ventajas de ser socio

www.amigosmuseoreinasofia.org
c/ Santa Isabel, 52 - 28013 Madrid - Tel: 915 304 287
asociacion@amigosmuseoreinasofia.org